

A CINCO HORAS LUZ DE DISTANCIA

FIVE LIGHT-HOURS AWAY

Dos veces en la misma semana me arrancó del sueño un sonido seco, voluminoso. Dos veces los ojos abiertos como si me sostuvieran los párpados para echarme un ácido, el cuerpo inmóvil en la cornisa de la vigilia, en equilibrio. Atenta al próximo sonido, a lo que sin dudas seguiría a continuación: las sirenas, los gritos, la gente en los balcones o asomada a las pantallas, la comunidad del terror agitándose, buscándose, para sentirse a salvo o poner el alarido en el cielo. Yo había escuchado una bomba. Como la de la AMIA en 1994, que sacó de cuajo a ese día de la continuidad del tiempo. Un estruendo que me hizo esconder la cabeza a kilómetros del lugar de la detonación

¿Escuchaste? ¿Qué fue eso? Pregunté la segunda vez sin recordar que ya lo había hecho antes. Con la credulidad intacta, la idéntica sorpresa frente al silencio. ¿Las horas iban a seguir demorándose como lo hacen en este tiempo, morosas, preñadas de un apocalipsis que se anuncia y nunca sucede?

El *container* dado vuelta en la caja de un camión, la caída violenta de la tapa del basurero que acaba de tragarse una bolsa negra.

Era eso, nada más.

Un ruido como cualquier otro que dejó desnudo el deseo vergonzoso de que por fin se desencadene la tragedia. Una que me ofrezca un lugar en este mundo, sobrevivientes a quienes atender, mi remera de dormir convertida en venda para hacer torniquetes y el dorso de la mano secando el sudor y la sangre de la frente. La irrupción de Gaia, como la nombra Isabelle Stengers, el planeta como un ser animado que se sacude de la fina capa fértil de su lomo a las precarias criaturas que somos.

Un final a toda orquesta y no esta lenta, exigua agonía de la vida que conocía. Pero no. No hay lugar para heroínas. Mi capa está mustia, se marchitó de esperar.

La primera vez que el estallido inexistente me despertó esperaba subirme a un avión, el primero de la época Pandemia. La preparación de ese viaje había comenzado

antes del final del último verano. Cuando el otoño en Buenos Aires empezaba a estirar los dedos sobre las horas del día, era inminente. Tenía por delante la promesa de tres meses del otro lado del océano. Me iba hacia la primavera. La ansiedad mantenía todo en suspenso, era una malabarista de semáforo con las clavijas en el aire y los segundos contados para terminar mi número. Vaciar placares, despedirme, ordenar lo que dejaría, empezar a extrañar, llorar de emoción, registrar obsesivamente los números de contagios con el pavor de que cierren las fronteras. Mi plan de fuga era a la vez soltar el lastre de dolor de una separación en pie de guerra que había durado cinco años. Viajaba con mi hijo menor y su otra madre. Una travesía de reparación que tres días antes de empezar se tropezó con un *mail* sin posibilidad de respuesta que anunciaba la cancelación del vuelo. Todos los llamados que hicimos, en los idiomas que pudimos, tuvieron la misma respuesta: había que esperar.

Esperar es tanto un deseo como una parálisis. *Espero que estés bien*, se suele decir mientras el tiempo entre paréntesis extingue la acción. Esos dos días fui una corredora en la línea de largada que empieza a sentir cómo se imprime el granulado del polvo de ladrillo en los dedos de sus manos en tierra. La pandemia es ese compás de inmovilidad. Clavijas en el aire, la vista del andarivel de la carrera en la que no puede dejar huella mientras las muertes se cuentan por centenares cada mañana sin poder verlas. Tabicadas.

La segunda vez que la certeza de una explosión mortífera me tomó el cuerpo mientras la conciencia abría una grieta entre mis párpados, ya había viajado. Habíamos atravesado cuatro aeropuertos con los barbijos lacerando las orejas, los controles que nos escaneaban como si fuéramos alienígenas y una decisión en la alegría y la curiosidad que nos hacía pasear por esas estructuras fantasmas con nuestra boca tapada y el hambre todo dispuesto a consumir en cualquier máquina dispensadora. El final de 28 horas de itinerario fue sin nuestro equipaje. Llegamos con lo puesto a este suelo helado donde la primavera empuja gajos verdes en las ramas aun desnudas de los plátanos. No sé qué inteligencia tendrán estos árboles que leen su tiempo en contra de la temperatura.

Cinco días después todavía esperábamos que nos entregaran el equipaje. Todas las mañanas había una promesa y todos los atardeceres se cancelaba. Dormir era una intermitencia, atenta al timbre, desarticulada por el cambio de horario, conectada por el trabajo a cinco horas luz de distancia. La fuga topándose con una visibilidad limitada a la ventana. En ese compás de este tiempo. Suspendida.

Tan pocos días habían pasado entre una des (o) ilusión y la otra. Aun así, volví a creer.

Que por fin se delimitaría un escenario para el conflicto. Que sería posible conseguir un bando y una descripción para el enemigo. Que algo de las metáforas perimidas de la guerra con la que nos anestesian se realizaría. La muerte tendría sentido si fuera luchando. Al menos sería posible verla, aspirar su último aliento, mojarla de lágrimas para oxidar su guadaña.

Pero esto no es una guerra.

Es un desguace. Un gigantesco desarmadero de la máquina de la humanidad. Una cáscara dura que dentro se desmorona.

Las valijas por fin llegaron, las cosas que trajimos encontraron su nuevo lugar. Nada ha cambiado demasiado. El tiempo y el paisaje están anclados a la misma ventana. No he podido quitarme la manía de seguir con la vista el recorrido de cualquier camioneta esperando que se detenga en esta puerta. Aquí hay toque de queda por las noches y sólo se puede entrar con un test negativo del mismo día en supermercados, farmacias y librerías. De coronavirus, claro, aunque huelga decirlo. Ese lenguaje lo hablamos en todos los territorios. Los *testzentrum* proliferan, el resultado tarda quince minutos, es posible dejar que te escarben la nariz bajo gazebos instalados en la vereda. Nos hicimos uno para comprar abrigo, la ilusión de la primavera dejó en Buenos Aires la ropa de invierno.

El silencio arrasa a la noche. Solo lo quiebra el zumbido de las vías al paso del *Underground* que cerca de *Postdamerstrasse* tiene un trayecto aéreo. El sonido de metales tarda en extinguirse, tanto que tal vez lo invento. La luna salió llena en la primera semana de estadía, su cara se ha dado vuelta. No entiendo este giro de la distancia que acerca al satélite tanto como para que cambie su perspectiva desde la tierra. Les digo a mis amigas, a las que extraño como se extraña la casa propia, que el conejo se dio vuelta. Reparamos por primera vez que no todas vemos un conejo en la luna. En un tiempo yo veía una mesa de juego donde alguien tira cartas y levanta las manos como para demostrar que no hace trampa. Después esas manos se convirtieron en las orejas del conejo. La luna no está tan lejos de la tierra. La tierra es una palabra que sobrevive a su polisemia. Siempre me trae humedad en los dedos.

Durante el último año, el del inicio de la era Pandemia, me dediqué a cuidar el proceso de *hacer* tierra. Juntar los restos vegetales de lo que se consume a diario, lo que

se echa a perder, lo que queda después de que otros rebusquen alimento en los desechos de las verdulerías. Después, distribuirlo en capas sobre un suelo arcilloso junto a las vías del tren San Martín, manchado de aceites y combustible. Cada mañana hay que retirar el plástico que vuela por la ciudad y se engancha en las ramas filosas de los árboles, los alambres, las esquinas de los bancales que resisten entre edificios para albergar lo que plantamos con amigos en fuga de la situación de aislamiento obligado. Encontramos una huerta un día de la cuarentena 2020, cuando fuimos a buscar a una mujer que se había refugiado en un vagón abandonado. Necesitaba ayuda. Detectamos los bancales debajo de tallos de gramilla que nos llegaban al cuello. La vimos antes de que existiera porque el sol nos daba de lleno en la cara, era invierno de restricción total pero teníamos nuestras bicicletas, nuestras coartadas y un saber a medias de que al aire libre íbamos a resistir. Lo hicimos.

Todo lo que sembramos floreció demasiado rápido, las plantas saben que no pueden sobrevivir en su ciclo y semillan. Dan otras de sí. Alimentan una esperanza propia que nos obligó a comer las hojas de las coles antes de que formen cabeza. La tarea del grupo de compost es conseguir nutrientes para esa tierra que asusta a las plantas. Asumo la responsabilidad con fanatismo.

“Com-post”- y no posthumano, dice Donna Haraway en un tramo de su descripción de Terrapolis, un espacio n-dimensional donde habitan los bichos de sus historias, una ecuación para la configuración de mundos multiespecies que permita vivir (y morir) a pesar del daño. Compost: una miríada de insectos, hongos, bacterias, plantas y más que colaboran/mos en la tarea de generar y compartir alimento, refugio, roces, infecciones, heridas y bálsamo. Las cáscaras de las naranjas que exprimimos para el jugo, la arqueología de nuestros consumos y lo que no llegamos a transformar en comida y se deja estar en las heladeras, las hormigas que pican y no hacen daño a las plantas, la luz del sol, la humedad, nuestras manos.

No sé si puedo explicar lo que dice Haraway. No sé si la entendí más allá de esa impronunciable comprensión en el cuerpo y con el cuerpo que se ancla en algunas imágenes, frases, resonancias. Poner la mano en la pila de compost, sentir su calor, alojar su pestilencia en mi nariz, buscar la paja para dar aire a esa comunidad del lodo donde ingerir y expulsar es un ritmo mezclado e infinito. Inhalar y exhalar, cada quién, cada qué en su compás, ensuciándose y limpiándose, contagiándose. Colaborando.

Cada vez que destapo la pila y desmadejo un poco la paja que la protege y también perderá su forma en esta trama de hacer-con el tiempo, la humedad y los bichos, la sorpresa es parecida a la huella en los ojos del paso de una estrella fugaz. Necesito que alguien más observe cómo humea, cómo crea energía esa pila de desechos, cómo trabaja. La comunidad que hacemos en la huerta acude, se maravilla, se ríe de mi insistencia. Ese compost no es una metáfora de lo que hacemos a diario, inventar una vida común hecha de tareas, conflictos, palabras mezcladas en los diversos tonos con que las pronunciamos en otros lugares, los del trabajo o la vida doméstica que ahí reinventamos como en un laboratorio. Es una constatación. La prueba de que vivir es revolcarse, disolverse, estar en otrxs. Dañar, ser dañade, reparar. Abonar. Fundirse en el tiempo de la espera. Hacerse tierra en la tierra.

Cuando fue 1 de agosto en nuestro territorio liberado del barrio urbano de Chacarita hicimos la ceremonia de la Pachamama al modo en que la recordábamos y la hacíamos presente. Mezclamos un licor cualquiera con las buenezas —y no malezas— que crecen entre los bancales. Fumamos juntas. Abrimos la boca de la tierra y le pedimos permiso para alimentarla con nuestras ofrendas: algo de azúcar, agua, el resto de lo que habíamos comido, la palabra susurrada labio a labio, un fuego hecho de las maderas robadas a las vallas municipales, un colchón de frases escritas porque de escribir no nos soltamos, un dibujo de mi hijo que la retrató feroz, con una zanahoria y un choclo como armas, el ceño fruncido y la boca amenazante. Ningún imaginario tranquilizador, esa Pacha aparecía harta de nosotres. No era una madre nutricia, era una vengadora. Era Gaia, a la que él nunca había escuchado nombrar.

En Terrapolis, les niños tienen tres progenitores y crecen en alianza con un animal, un insecto, un ser de este mundo del que ya no quedan muchos. Cada nacimiento, escasos y menguantes, tendrá la responsabilidad de mezclar entre la propia a otra memoria para reparar el daño ya consumado. Dona inventa a una niña que recibe, a la vez que la propia, humana, la memoria genética de la mariposa monarca. Camille se alimenta —no sólo— de historias. Su favorita es *Nausicäa del Valle del Viento*, la princesa curandera de Hayao Miyasaky que se enfrenta a la aniquilación del bosque contaminado y sus insectos. Como Haraway, propone vivir y hacer-con el daño. La cuarta generación de Camille ya podrá volar y empujar el viento como antes lo hacían las mariposas, para seguir transportando semillas y polen, color y ternura. Para proteger, abrir paso, sostener a las migraciones en un mundo —y cuando dice/ digo mundo no estoy diciendo tierra— tan expulsivo como tabicado a la presencia de lo otro. En

extinción. Esta fábula de ciencia ficción, ficción especulativa, feminismo especulativo y figuras de cuerdas —ese juego de la infancia que entre los dedos va dibujando y alternando manos para hacer nuevos diseños, ella lo piensa entre manos, pezuñas, garras, alas y otras extremidades de otras especies—, es capaz de una ternura radical, revolucionaria. Es como una nueva Cuba para mi pobre imaginario de la utopía que mete las manos en el compost poniendo en la pila la voluntad, los sueños, los cuerpos que nos faltan, la ilusiones que insuflamos cada vez que aspiramos, que exhalamos.

Tres progenitores tiene mi hijo menor, el que dibujó a la Pacha en un sueño de violencia vengadora con las pocas armas del choclo y la zanahoria. Cuando leí a Haraway en *Seguir con el problema* la pandemia no existía. Mi vida era una que había conquistado, hecha de roces en la calle y en la fiesta. No me jacto, anduve acariciando mi herida demasiado tiempo. La alimenté, la escarbé, quise matarla. Ahora sé que me acompaña, es otra de mí. A veces seca, otras escupiendo líquido como si estuviera recién abierta. Duermo y me despierto con un animal que puede ser caniche o dragón, inerte como un líquen. Así de colorido. Fui una cirujana de mis emociones. Hundí el escalpelo en mi carne y observé su capacidad de daño. Siendo yo la misma que empuñaba el filo y sufría el corte, quedaron restos. Muñones de celos, esquiras de resentimiento encapsuladas. Sigo con el problema porque no hay solución final ni epopeya personal. Hay un lento trabajo de re-hacer parentescos raros.

—¿No podés comportarte como un niño normal?— le digo a mi hijo harta de escucharlo rapear una rima que sólo dice pedo.

—¿No era que no se podía decir *normal* porque *normal* no es nada, *normal* es horrible?—

El diálogo fue en uno de los aeropuertos que atravesamos para llegar, donde escribo ahora, en un escritorio frente a una ventana donde se alternan el sol, la lluvia y los arcoíris colgados de la misma cuerda de frío. Mi hijo siempre me toma del punto de sutura y tira. Es un niño que no tolera ver un exhibidor de jabones con los colores mezclados. Puede quedarse estático mirándolo hasta que lo habilito a reponer el orden, le aseguro que nadie lo va a retar. Y a la vez ha sido tan flexible en estos años. Yendo de un cuarto propio a otro y a otro, tolerando las mañas de cada uno, nuestros desacuerdos. La guerra en la que estuve inmersa con su otra madre. Un golpe de hacha sobre la herida, la fatal caída de la ilusión de que nuestra relación, nuestras orfandades juntas, sería capaz de curarla.

En esta ciudad la guerra es una topografía con la que tropezamos en cada paseo. Nos detenemos frente a las referencias montadas en vidrio transparente que deja flotar los textos sobre las veredas a la altura de los ojos. Ánimas informativas que sobreimprimen sobre la elegancia de la ciudad las imágenes del desastre: los edificios desde donde gobernaba el Tercer Reich, los cráteres de las bombas en un barrio cualquiera; la cicatriz del muro, gris y extensa. Casi nunca llegamos a leer hasta el final. Les tres tenemos compreciones disímiles del inglés y nula del alemán, aunque algunas combinaciones de letras empiezan a hacerme sentido de una manera orgánica. Todavía no me permiten entender, pero *algo* entiendo. No sé cómo. Me pasa con las recetas de cocina, las etiquetas de los paquetes, las pancartas contra Putin que se acumulan cerca de la *Brandenburg Tor*. Toda información que ya me habita, debo estar adivinando. Nunca estuve segura de saber cocinar, de todos modos. Siempre un temblor al hacer. El mismo deseo de reconocimiento al final de la tarea. El vaivén más descriptivo de la inseguridad.

Es extraño adentrarse entre los bloques de hormigón del Monumento al Holocausto sin encontrar turistas. El silencio y el frío vuelven sólida nuestra respiración. En el vapor de las exhalaciones los fantasmas tienen borde. Yo trato de explicarle a mi hijo, para conjurar el mareo que me produce caminar por ese plano inclinado perdiéndolo a cada rato entre las estelas, la sinrazón del genocidio. Uso esa palabra como si fuera una guía turística. La razón nunca defendió a nadie de la crueldad. Él se esconde y nos asusta, aparece entre las moles negras con cara de muñeco Chuky. Le pido que se quede quieto, que registre la opresión que es posible sentir en ese escenario. Su otra madre pide que me calle. Tiene razón, la guía turística no me suelta. Qué necesidad de insistir en el registro del Holocausto cuando tiene dos abuelas y un abuelo asesinados por el Terrorismo de Estado. Dos madres huérfanas de pequeñas, siempre con la boca abierta, muertas de hambre como pichones abandonados por la pájara Pinta y su marido muy alegre al que un cazador se lo mató. Hay que ser de nuestra generación para saber del desgarrar de esa canción para niños. Niños que antes de la desgracia ya sabían de la pérdida porque la época hacía nacer canciones como esa en la voz de María Elena Walsh. Nunca, nunca la voy a escuchar sin llorar.

¿Quiénes somos les que habitamos el plural que a veces uso en primera persona? Una comunidad de seres anfibios ensayando desear entre el cuidado y el daño. Esa definición es el verso de un poema que pretendía abrirse como pregunta. Y tal vez lo sea. Antes de terminar de diseñar este viaje que estoy atravesando inmóvil planté las

bases de otro plan de fuga. Tiene dimensiones precisas y un mapa sobre la tierra de Cañuelas. El suelo es arduo, arcilloso, pampa dedicada a la cría de ganado por un siglo en la que ahora crecen cardos y cortaderas. La llanura se interrumpe en la calle de eucaliptos, dos filas paralelas de árboles añosos que dejan caer sus ramas cuando el viento del sur arrasa. Habrá que abonar esa tierra, echar semillas de girasol para que abran espacio subterráneo, canales para que el agua no patine. A ese lugar llegué por la manada anfibia del plural. La de la huerta y las manos en la tierra. La de la calle y la fiesta. Muy cerca de ese territorio donde planeo una casa de barro estamos haciendo otra, con nuestras manos y herramientas. No se llama casa sino refugio. No tendrá demasiadas camas, sí montones de hamacas paraguayas que desde la misma factura del techo ya tienen sus ganchos esperando. En ese hacer y aprender colectivo de clavar maderas sobre vigas mi casa empezó a tener un dibujo, una ventana al oeste, dos al norte, otra para ver desde la cama el alba. Al sur un parte vientos y paneles fijos para advertir si se forma un tornado.

Cuando llega del oeste, el viento arrastra el bramido de la autopista, un animal de caucho y garras metálicas que corre siempre en el mismo lugar. Por encima de nuestras cabezas el cielo es tan nítido que se distingue la borla nebulosa de la vía láctea. Los satélites alineados que buscan su órbita entre la basura espacial y las estrellas fugaces bailan la misma danza de las luciérnagas. Las confundimos cuando miramos el horizonte ensoñados por el humo o el vino. Algunas mañanas recorre dos kilómetros desde el este el olor nauseabundo del criadero de pollos. El plan de fuga está enmarañado con la decadencia del mundo que sigue a pesar de la pandemia, como si nada.

Ahí hacemos refugio y parentesco, practicamos la ternura durmiendo cucharita contra el frío. Seguimos con el problema.

Ni bien llegamos a Berlín, hicimos de la casa que nos asignaron la nuestra. Movimos muebles, retiramos alfombras, ubicamos los sillones de lectura junto a las ventanas, nos apropiamos de unas copas determinadas. La aventura doméstica es tan cálida como agobiante. La repetición de los actos, la narración constante de enseres e ingredientes, tareas y ritmos de descanso amenazan con borrar nuestros contornos. Esos que nos dan una piel para el roce, para la fuga, para la imaginación. Nos cuidamos de su dentellada. También nos rendimos. A ese medio mullido donde es posible abandonar la forma y el nombre, hablar el lenguaje del tacto, mojarse con otras babas, ser con otras la nave que surca las aguas del sueño aunque a veces se torne pesadilla.

Siempre me ocupé de hacer casas y de abrirlas. Las llaves están repartidas en muchas manos. Me gustan las visitas que se quedan a dormir y que no necesitan más que estar para hacer de la casa otra más ancha. En épocas menos ajustadas me ocupaba de tener helado para una, cerveza para otra, *vermouth* y vino para cubrir todos los gustos de las amigas y amantes posibles. Las golosinas y el alcohol puestas en la lista de compras como el pan, los tomates y el arroz. Insumos para entibiar la sangre, el truco para desplegar mi capa y hacer una casa dentro de la otra.

Tengo que cuidarme también de ese numerito. Después me quedo farfullando por lo bajo si las latas se congelan en el *freezer* cuando nadie vino a la cita que no se había pautado.

Aunque estemos en fuga, todo el cuerpo adaptándose como un reptil para huir por la rendija de la puerta que cierra la familia, las casas aún bailan esa coreografía fantasmática. Entre la autoridad y el sacrificio, entre la incondicionalidad y la cuenta de los favores no devueltos. Un vals con música de caja registradora para el control de las inversiones con nombre y apellido. Todos engranajes que arrastro contenta al desguazadero.

Hay un verso de Olga Orozco que vuelve como un talismán a la palma de mi mano de tiempo en tiempo. No encuentro el poema y no tengo mis libros aquí, sé que le habla a la madre y le dice que en algún lado “coses con un hilo invisible la inmensa herida de mi corazón”. Cada vez que pienso en la reparación como una medida de justicia vienen el verso y la imagen de una mujer que cose carne, tierra, lana. Bordes que no concuerdan pero ceden a la mano costurera. Será la muerte, pienso, bisbiseando al oído las palabras que creía no volvería a escuchar. Si aprendí a vivir fue gracias a ese murmullo que deja acariciar el vacío sin abismarse.

Ahora que la luna va a salir llena otra vez del lado del océano donde el conejo está invertido gano silencio como si avanzara en el juego de la oca. En cada tirada me quedan más lejos las noticias de Buenos Aires. Cuando muevo la ficha caigo en la casilla de hacer el desayuno o la tarea escolar con el niño. Conectado por el cordón umbilical de la vida virtual a cinco horas luz de distancia. Extraño el sol y mis amigos y amores, pero *algo* del estar sin más, estar y hacer mundo a la vez como las plantas, me toma el cuerpo. Advierto su sustancia líquida y mineral, la tierra que me habita. Gaia irrumpe a su manera. Todavía no sabemos cómo seguirá sacudiéndose de nosotres. Nos obliga al gesto pequeño, a la caricia como único bálsamo de un enorme duelo compartido. Creer

que viajar es fugarse es como huir de un terremoto en auto y encontrarse en un embotellamiento de cientos de miles con la misma idea loca de ponerse a salvo cada quien en su burbuja.

Fugar es esto que inventamos en el camino, cuando salimos los tres en bicicleta, en fila india con el niño en el medio, mirándonos, cuidándonos. Trocar la guerra en caricias, hacer de la herida una cantera común de saberes que nos permite callar y hablar a tiempo. Fugar es una tarea como seguir con el problema. Ver el sol en la pantalla que recorta a las amigas borrachas en el terreno liberado de la huerta. Que me digan que el compost está trabajando y sentir su temperatura a miles de kilómetros de distancia. Esta ternura que me habita.

Donna Haraway rescata otra figura que me conmueve: los habladores de muertos. El ejemplo es una orquídea que copia en su dibujo los genitales de una abeja ya extinguida y de alguna manera que no puedo explicar consigue polinizarse entre las de su especie. Ahí está el plan de fuga. Fundir la memoria en presente, la voz propia en otras voces. Bajar el arco de la flecha del tiempo porque no hay donde lanzarse más que en este magma donde somos y hacemos, comunidad y mundo. Palabras y silencio. La respiración constante de la vida.

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 2 de junio de 2021



Licencia Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa):

No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

